



## D. JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA

Relación de la horrorosa muerte que sufrieron estos dos fieles amantes en Argelia, por ser firmes en sus promesas de amor y en la fé de Jesucristo.

### SEGUNDA PARTE

Ya dije en la primera parte, como van por el camino don Jacinto con Leonor, ambos del amor rendidos. Apenas el claro día, daba luz á los nacidos, del camino se apartaron, y entre unos ásperos riscos, en una espesa montaña se quedaron escondidos. Pidió Leonor, que en merced, le conceda D. Jacinto guardarse la castidad, hasta que el cielo divino les eche su bendición, esto, Señor, os suplico;

porque quiero que me goces no galán sino marido. Y como hombre discreto: accedió á tal demanda (que los generosos pechos saben vencerse á sí mismos). Llegó la noche, y caminan, y de la suerte que digo llegaron hasta Bayona que es puerto de mar muy rico, á tiempo que un mercader salía con su navío á la ciudad de Venecia, con que ajustó don Jacinto el viaje y se embarcaron con contento y regocijo

haciéndose á toda vela;  
mas los trajo la desgracia,  
dos navíos argelinos;  
los cercan por todas partes  
con que apresan al navío,  
y después de aprisionados  
con cadenas y con grillos,  
dieron en Argel con ellos  
y á pregón fueron vendidos.  
A Jacinto y á Leonor.  
les compró un turco muy rico,  
el cual los presentó á Zaida,  
por la estimación que hizo:  
es del rey de Argel hermana,  
hermosa como el sol mismo,  
la cual contenta y alegre  
recibió los dos cautivos.  
Estimo mucho el presente,  
y así que la turca vió  
la belleza de Leonor,  
lo bien dispuesta y el brío,  
la hizo dama de su estrado;  
y viendo á don Jacinto  
lo galán y lo bizarro,  
lo discreto y lo entendido,  
lo hizo su mayordomo.  
También juntamente hizo  
de que la arábica lengua  
le enseñasen al proviso.  
Tan buena cuenta le daba  
cuidadoso y discursivo,  
que ya Zaida se abrasaba  
en amores del cautivo.  
Se quejaba una mañana  
á sus solas don Jacinto,  
pensando nadie le oía  
aquestas palabras dijo:  
Sacratísima María,  
á vuestro divino auxilio  
apela un desconsolado,  
y pues socorreis afligidos,  
consolad mi corazón  
Madre del Verbo Divino,  
ten de mí misericordia,  
y si á tu santo servicio  
conviene el que yo padezca,  
padezca que es gusto mío;  
lleven sobre mi trabajos,  
y los más fuertes martirios  
que ha inventado la heregía,  
pues lo tengo merecido.  
Zaida que escuchando estaba  
los lamentos de Jacinto,

entró con semblante alegre  
diciendo: Cristiano mío,  
qué tienes que así te quejas  
lloroso y enternecido:  
Qué puedes al duro bronce  
ablandar con tus suspiros?  
Con humildad le responde:  
Estaba pasando el libro  
de mis trágicos sucesos,  
y en pasándolo me aflijo.  
Serás casado en tu tierra?  
Nunca, señora, lo he sido.  
Tendrás amor en España?  
Es verdad que lo he tenido,  
pero ahora no lo tengo,  
porque los conceptos míos  
están todos en Argel,  
este es el dolor que gimo.  
Y Zaida muy vergonzosa,  
le dijo, mira cautivo,  
si tú olvidas á tu Dios,  
y sigues la ley que sigo  
de mi profeta Mahoma,  
gozarás muchas riquezas,  
te daré muchos cautivos:  
también te daré el gobierno  
de aqueste reino lucido.  
Esto has de hacer, no lo dudes,  
esto te está bien Jacinto;  
el cual respondió muy triste,  
formando un tierno suspiro.  
¿Cómo quieres que yo olvide  
á un Dios de gracia infinita?  
A un Dios que por su bondad,  
quiso con su amor divino  
redimirme con su sangre,  
por librarme del abismo?  
Cómo puedo ser ingrato  
á quien tanto bien me hizo?  
Calla, infame, no prosigas,  
que á no hacer lo que te digo,  
con la vida pagarás  
la cólera que reprimo.  
Deja cristiano tu ley,  
véncete á lo que te digo,  
que el que sigue á mi Mahoma  
goza bienes infinitos;  
si no lo quieres creer  
tendrás el mayor castigo,  
que se haya visto en Argel,  
y replicó don Jacinto:  
No dejaré yo mi ley,  
que eso fuera un barbarismo.

aunque mil vidas tuviera  
que rendir en sacrificio,  
la ley de Dios resplandezca,  
que Mahoma es un maldito:  
sígueme, que irá tu alma  
á los profundos abismos.  
Con esto Zaida indignada  
salió afuera dando gritos:  
ah de mis soldados, hola:  
ah de mi guardia y ministros  
venid, prendad al instante  
á este cristiano atrevido,  
que quiso soberbio y loco  
violentar el honor mío:  
tome mi hermano venganza  
de aqueste infame cautivo,  
que no es razón que se quede  
esta maldad sin castigo.  
A las voces acudieron,  
y prenden á don Jacinto,  
y sin hacer mas probanza  
lo que la turca dijo  
lo sentencian á quemar  
por blasfemo y por lascivo.  
Dejemos en la prisión  
entre cadenas y grillos  
á don Jacinto y pasemos,  
á la dama que es preciso,  
porque en este mismo tiempo  
estaba el moro encendido,  
en amores de Leonor,  
y que estaba tan perdido,  
trazando por mil maneras  
el rendirle á su apetito.  
Persuadióla muchas veces,  
mostrándose amante fino:  
pero la discreta dama  
nunca dió á su amor oído.  
Un día la cogió á solas,  
que la desgracia lo quiso;  
encerróla en su retrete,  
y estas palabras le dijo:  
Hermosísima Leonor,  
rémora de mis sentidos,  
asi desprecias á un rey,  
señor de tal poderío?  
Reniega de Dios, reniega,  
que haciendo lo que te digo  
tendrás reinos y vasallos,  
joyas, diamantes, zafiros,  
pues siendo tu amante un rey,  
todo estará á tu servicio,  
y pues te tengo en paraje,

que por imposible miro  
de mí te puedas librar,  
he de hacer el gusto mío,  
sin que las fuerzas te valgan  
ni te aprovechen los gritos,  
esto ha de ser de por fuerza,  
si no quieres por cariño;  
y advierte que soy rey,  
en mis gustos tan altivo,  
que á no hacer lo que te mando,  
seré tu fiero enemigo.  
Qué me respondes, Leonor?  
Y ella suspirando dijo:  
Eso es cansaros en vano,  
y lo tengo á desvarío  
el pedirme que reniegue  
del Señor que el mundo hizo:  
en cuanto á querer gozarme,  
esto señor, bien lo afirmo,  
que ha de ser bien imposible  
el recabarlo conmigo.  
Confieso de que eres rey,  
y como rey y señor mío,  
la vida podrás quitarme,  
pero no el honor que estimo.  
Viendo el moro de Leonor  
su dureza con esquivo,  
fue á asirla para forzarla;  
y ella viendo su peligro,  
sacó al moro de la cinta  
el alfanje damasquino;  
prosigue el moro su intento,  
y ella resuelta le ha dicho:  
así defendiendo mi honor  
aun de los reyes lascivos;  
y con un fiero revés  
le dejó un brazo en un hilo.  
Viéndola el moro resuelta,  
y viéndose mal herido,  
comenzó á llamar á voces  
á su guardia, y luego vino:  
A esta homicida cristiana  
prende, soldados míos,  
y haced que rinda la vida  
entre crueles martirios;  
pues su intento es el matarme  
con el mismo alfanje mío,  
como en la mano lo tiene  
le comprueba del delito.  
Ven al rey que está mortal,  
y con su sangre teñido:  
prendieronla, y la llevaron  
adonde está don Jacinto.

FIN

De que se vieron los dos,  
ambos lloran hilo á hilo;  
Jacinto siente á Leonor  
y Leonor llora á Jacinto.  
Le dice: esposo del alma,  
ya se cumple el gusto mío:  
ya estoy condenada á muerte,  
pues voy á morir contigo  
y esto por guardar mi honor  
del rey que gozarme quiso,  
y porque no renegué  
de la ley de Jesucristo.  
Esta es la postrera vez,  
que hemos de hablar, dueño mío,  
ya no nos veremos más,  
pues nos espera el suplicio,  
ya la muerte nos aparta,  
pues la suerte no ha querido  
que nos logremos casados;  
y llorando se han pedido  
el uno al otro perdón,  
y se perdonaron finos,  
y abrazados tiernamente  
se dicen enternecidos:  
Ten ánimo, esposo mío:  
ten valor tú, dueño mío,  
que para Dios todo es nada,  
ya es nuestro intento cumplido  
sirva este abrazo de yugo,  
los suspiros de padrinos,  
sea nuestro amor las aras,  
nuestra firmeza el anillo,  
nuestras congojas la mano,  
las lágrimas, los testigos,  
el tálamo nuestras penas,  
la bendición los martirios,  
pues con martirios se curan  
yerros que hemos cometido.  
Y á la siguiente mañana  
los infernales ministros  
sacan á estos dos amantes  
de donde estaban metidos,  
para cumplir la sentencia  
en derecho á sus delitos,  
y ejecutan con Leonor  
el más enorme castigo  
que las plumas escribieron,  
ni los cristianos han oído.  
Encima de un carromato  
traían apercebidos  
con dos palos hecho un aspa

y luego entre cuatro ó cinco  
á Leonor la desnudaron,  
deshonestos y atrevidos  
hasta que en carnes la dejan,  
enseñándola al gentío.  
Cuatro braseros de lumbre  
llevan en el circuito,  
y con infernales ministros,  
de sus delicadas carnes  
le van tirando pellizcos.  
Decía la triste dama,  
con dolor tan escetivo:  
Ayl sea por la Pasión  
que padeció Jesucristo.  
Y dijo: Dios Señor mío,  
inmenso Rey de la Gloria,  
este afrentoso martirio,  
esta vida, estos tormentos,  
os ofrezco en sacrificio  
en recompensa Señor,  
de mis culpas y delitos.  
De esta manera llevaba  
por delante á don Jacinto,  
y de este modo llegaron,  
al incendio prevenido,  
de todos apedreados  
desde el más viejo al más niño.  
Llegaron ensangrentados  
y luego los homicidas,  
los juntan por las espaldas,  
muy fuertemente ceñidos,  
y al incendio los arrojan,  
y entrambos arrepentidos  
entre las llamas diciendo:  
Inmenso Dios infinito,  
misericordia, Señor,  
clemencia y perdón pedimos,  
en vuestras manos mi Dios,  
nuestras almas remitimos,  
y de esta suerte acabaron  
los dos amantes más finos.  
Una voz se oyó en el aire  
que con claras voces dijo:  
subid, mártires, subid,  
á gozar del Cielo Empíreo.  
Tomen ejemplo los hijos  
que violentan á los padres  
para que tomen estado,  
de algún interés movidos,  
para que tengan con esto  
esta historia fin cumplido.

**FIN**